

EL MUNDO

Lunes, 5 de diciembre de 2005. Año XVII. Número: 5.837.

OPINION

TRIBUNA LIBRE

¿Cómo habría actuado Kennedy en Irak?

ARTHUR SCHLESINGER Y THEODORE C. SORENSEN

Hay una serie de cuestiones que muchos nos planteamos tras escuchar al presidente George W. Bush cuando habló la semana pasada en la Academia Naval de los Estados Unidos sobre su estrategia para conseguir la victoria en Irak.

No le oímos que la guerra en Irak, que es ya una de las guerras que más dinero han costado en la historia de los Estados Unidos, es una llaga que no deja de sangrar. No le oímos que se ha cobrado las vidas tan preciadas de más de 2.000 norteamericanos y un número incontable (porque no las contamos) de vidas de paisanos iraquíes. No le oímos que el conflicto se ha alargado ya más tiempo que nuestra participación tanto en la Primera Guerra Mundial como en la Guerra de Cuba de 1898 o que, en la primavera que viene, habrá durado incluso más que la Guerra de Corea.

Además, tampoco le oímos ni cómo ni cuándo planea el presidente traer a nuestros soldados de regreso a casa: ni un dato, ni una cifra sobre la retirada de los soldados norteamericanos, ni una fecha, ni la más mínima referencia a nuestra menguante coalición, ni marcha atrás alguna en su desprecio a las Naciones Unidas, cuya cooperación todavía sigue esperando.

Ni nuestro Ejército, ni nuestra economía, ni nuestra nación pueden asumir este tipo de sangría interminable y despiadada en aras de una misión política y militar definida exclusivamente con vaguedades. Si nos vamos antes de tiempo, ha dicho el presidente, podría producirse una catástrofe.

Pero, ¿qué hay de las catástrofes que estamos perpetuando y aun empeorando con nuestra presencia continuada allí, sin olvidar el trato vejatorio continuo e imperdonable que estamos aplicando a los detenidos?

Cada mes que los Estados Unidos prosiguen su ocupación propicia que Al Qaeda reclute jóvenes hombres y mujeres islámicos para sus terroristas

suicidas, la única arma contra la que una sociedad abierta como la nuestra no dispone de un medio seguro de defensa. El presidente afirma que deberíamos prestar apoyo a nuestros soldados manteniéndonos firmes hasta el final pero, ¿es que no presta apoyo a nuestros soldados quien quiere traerlos sanos y salvos de vuelta a casa?

La responsabilidad de idear un plan de salida de Irak no recae en primera instancia sobre los que se oponen a la guerra sino sobre el presidente que de manera apresurada puso en marcha una invasión de carácter preventivo con suficientes soldados para cerrar las fronteras y apoderarse de los arsenales de Irak pero sin suficientes divisiones acorazadas para proteger a nuestras fuerzas, sin suficiente apoyo aliado y sin planes adecuados, ya fuera para una ocupación en condiciones de seguridad o para una retirada en el momento oportuno.

Mientras escuchábamos el discurso del presidente Bush, nuestras cabezas retrocedieron rápidamente cuatro décadas hasta otro presidente, John F. Kennedy. En 1963, el último año de su vida, fuimos testigos de primera fila de cómo Kennedy se esforzaba por encontrar la manera mejor de sacar de Vietnam a los asesores e instructores militares norteamericanos.

Aunque ninguno de nosotros tuvo responsabilidades directas en la toma de decisiones sobre Vietnam, tanto el uno como el otro veíamos al presidente lo suficiente para darnos cuenta de que su frustración iba en aumento. Con el típico estilo Kennedy, se recostaba en su mecedora en el Despacho Oval, enumeraba todas las alternativas que tenía y a continuación las criticaba.

¿Renegaba del compromiso contraído por Eisenhower, que, en un principio, el propio Kennedy había hecho suyo, de ayudar al Gobierno asediado de Vietnam del Sur con instructores y asesores militares norteamericanos? No; él era consciente de que los norteamericanos no le permitirían hacer tal cosa.

¿Americanizaba la guerra civil de Vietnam, como el Ejército recomendaba y como su sucesor, Lyndon Johnson, optó por hacer en última instancia, mediante el envío de unidades norteamericanas de combate? No; después de haber aprendido a partir de su experiencia con Cuba y con otras partes del mundo que los conflictos de carácter esencialmente político no se prestan a soluciones militares, Kennedy era consciente de que los Estados Unidos no podrían imponerse en un enfrentamiento armado a un pueblo vietnamita decidido a expulsar de su país hasta el último de los soldados extranjeros.

Es más, tenía un conocimiento de los horrores de la guerra de primera mano, debido a su etapa de servicio militar en el sur del Pacífico durante la Segunda

Guerra Mundial, y había declarado en la Universidad Americana, en junio de 1963, que «esta generación de norteamericanos ya ha tenido guerras suficientes, más que suficientes».

¿Proclamaba la victoria y se retiraba, como es bien sabido que sugeriría años más tarde George Aiken, el senador Republicano por Vermont? No; en 1963, a pesar de lo que decían los mandos militares en la zona, no había en Vietnam más indicios de «victoria» de los que había en el 2004 en Irak, cuando el presidente pronunció aquel discurso suyo de «misión cumplida» sobre la cubierta de un portaaviones.

¿Consideraba, que fue siempre su opción preferida, la posibilidad de una solución negociada? No; no había posibilidad de identificar en las filas de un Vietcong desorganizado a un dirigente capaz de negociar unas condiciones de retirada que pudieran ponerse efectivamente en vigor y que fueran aceptables por ambas partes.

¿Insistía en que el Gobierno sudvietnamita mejorara sus posibilidades de supervivencia mediante la adopción sincera de la serie de reformas políticas, económicas, territoriales y administrativas necesarias para granjearse el favor popular? No; Kennedy se daba cuenta, cada vez con mayor certeza, de que la corrupción de la familia y los terratenientes que sostenían la dictadura de Vietnam del Sur no les permitiría jamás aceptar o poner en marcha tales reformas.

Al final, empezó a comprender que la retirada era la opción más viable.

Desde la primavera de 1963 en adelante, empezó a articular los elementos de una estrategia de salida de Vietnam en tres partes que su asesinato le impidió poner en marcha. Los tres componentes de la estrategia de Kennedy para la retirada, perfectamente aplicables a Irak tras la aprobación de la nueva constitución y la celebración de las elecciones próximas, pueden resumirse como sigue:

-Dejar claro que vamos a marcharnos de allí. En una rueda de prensa celebrada el 14 de noviembre de 1963, el presidente dijo precisamente eso, al declarar que «ése es nuestro objetivo, traer a los norteamericanos a casa».

-Pedir que se nos invite a marcharnos. Ponernos de acuerdo con el Gobierno del país anfitrión para que nos pidan la retirada escalonada del personal militar norteamericano, cosa que a buen seguro no será un paso que a Irak le cueste dar, especialmente después de la declaración realizada en el mes pasado por las diversas facciones en la que se hacía un llamamiento a la marcha de las

fuerzas extranjeras. En una rueda de prensa de mayo de 1963, Kennedy declaró que si el Gobierno de Vietnam del Sur lo sugería, al día siguiente «tendríamos ya a algunos soldados de camino hacia casa».

-Traer las tropas a casa de manera gradual. Poner en marcha una retirada escalonada de las fuerzas norteamericanas en un plazo de tiempo sin especificar y proceder a llevarla a cabo de manera inmediata mientras se intensifica la instrucción del personal nacional de seguridad, teniendo presente que, gracias a la superior movilidad de nuestras tropas y a nuestra superior capacidad de transporte aéreo, las fuerzas norteamericanas estarán en disposición de entrar en acción sin necesidad de estar desplegadas en zonas de riesgo. En septiembre de 1963, Kennedy manifestó en relación con los sudvietnamitas: «A fin de cuentas, se trata de su guerra. Ellos son los únicos que tienen que ganarla o que perderla». Un mes más tarde, añadió que «mantenemos la esperanza de reducir el número de norteamericanos» en Vietnam para finales de año.

El presidente Kennedy no tenía ninguna garantía de que los tres componentes citados fueran a cumplirse con éxito. Bajo la confusión de una guerra no existen garantías; sin embargo, un plan de retirada sin garantías es mejor que no tener ninguno en absoluto.

Si nos vamos de Irak a petición de su propio Gobierno, nuestra marcha no será ni un abandono ni una retirada. Es posible que, si nos vamos, los iraquíes respetuosos con la ley tengan que hacer frente a una mayor violencia de diferentes facciones, a un proceso de balcanización y a incursiones extranjeras; sin embargo, es posible que tengan que hacer frente incluso a una mayor violencia de diferentes facciones, a un proceso de balcanización y a incursiones extranjeras si nos quedamos. El presidente ha dicho que no vamos a dejar Irak en manos de los terroristas. Vamos a ver si dejamos Irak en manos de los iraquíes, que han sobrevivido a siglos de guerras civiles, de tiranía y de varios intentos de dominación extranjera.

Una vez que los soldados norteamericanos hayan salido de Irak, todo el mundo se alegrará de que hayamos recuperado el sentido común. Es más, habrá dos cosas que se reducirán: las muertes de norteamericanos y la pérdida universal de credibilidad de los Estados Unidos. Como ha manifestado el senador Chuck Hagel, de Nebraska, republicano y veterano del Vietnam, «cuanto más tiempo estemos, más problemas vamos a tener». ¿Un derrotista?

Los auténticos derrotistas son aquellos que afirman que vamos a seguir allí a toda costa durante otra década más de muerte y destrucción.

En un memorando al presidente Kennedy, a los tres meses, más o menos, de tomar posesión del cargo, uno de nosotros escribió a propósito de Vietnam que «no hay ningún otro ejemplo más claro de país que no puede salvarse a menos que se salve a sí mismo». Irak es hoy un ejemplo aún más claro de eso mismo.

Arthur Schlesinger es historiador. Ha ganado dos premios Pulitzer y fue asesor personal de J. F. Kennedy durante su presidencia.

Theodore C. Sorensen fue asesor legal y consejero de Kennedy durante 11 años. Desempeñó un papel esencial en la crisis de los misiles de Cuba.

© Mundinteractivos, S.A.